

www.elboomeran.com

Waguih Ghali
Cerveza en el club
de snooker

Traducción de Güido Sender Montes



sajalín editores

Me miró con ternura. «Eres muy amable, cariño. No está mal. El otro me hacía gastar mucho dinero en gasolina, no podía mantenerlo. Tuve que comprar uno nuevo.»

Pequeña conmoción en el mostrador. Las firmas habían terminado por ese día.

—*Tiens* —dijo mi tía—, no te he visto entrar, Marie. ¡Uf! Estoy harta de tanta firma. Tú también estarás cansado, Hassan efendi. Pero es lo menos que podemos hacer por esos pobres diablos, los *felahin*.* —Eso estaba bien. Traté de parecer lo más *felah* posible.

—Espera un minuto, Marie, vuelvo enseguida.

Mi tía salió y Hassan efendi la siguió con miles de folios que valían millones de libras; millones, tal vez, no, porque estaba vendiendo barato para que el gobierno creyera que entregaba las tierras a los pobres.

—Hola, hola, Marie —repetí.

—Dime —preguntó—, ¿tienes algún negocio entre manos?

Le conté que había descubierto una nueva forma de explotar a los *felahin*. Solo necesitaba capital.

—No deberías bromear con esas cosas, querido —dijo.

* Plural de *felah*, palabra árabe que los egipcios utilizan para referirse a los campesinos. (*N. del T.*)

Mi tía volvió y dijo que el precio del pan había subido media piastra. Aquello les afectaba mucho porque compraban pan todos los días. Traté de serles útil y les hablé de un panadero que conozco que vende el pan a peso y al por mayor. Luego les expliqué cómo se hornea el pan crudo, pero me empantané al tratar de deducir el precio del gas necesario para calentar el horno del dinero que se ahorrarían horneando el pan crudo. Iba a contarles también cómo colarse en el tranvía en Abbasieh, pero lo pensé dos veces. Salí de la habitación un momento y pegué la oreja a la cerradura de la puerta.

—Ten cuidado —decía Marie a mi tía—, viene a pedir dinero.

—Lo sé, querida. Por eso te he llamado. No se atreverá a pedírmelo contigo delante.

Me marché y fui al Groppi's. Bebí whisky y comí cacahuetes mientras observaba a la sofisticada multitud y me sentía feliz porque mi tía no me había dado el dinero. Se lo había pedido solo porque me pesaba en la conciencia. Era algo que vagamente tenía que hacer, pero que había estado posponiendo. Pronto llegaron Omar y Jameel, y luego Yehia, Fawzi e Ismail. Groppi's es tal vez uno de los lugares más bonitos donde beber whisky. La barra está a la sombra de un gran árbol en un jardín, y tiene un camarero negro y bien parecido que habla siete idiomas. Bebimos una botella de whisky y observé cómo se peleaban por la cuenta. Pagó Yehia, y nos fuimos juntos. Todos tienen coche.

Por las mañanas suelo aburrirme, porque todos están o en la universidad o en el trabajo. A veces voy al club de billares a jugar una partida de snooker con Jameel. Siempre está allí, porque de hecho Jameel es el propietario del club. Iría más a

menudo si no fuera por Font. Cada vez que me reprocho que bebo demasiado, me digo que es Font quien me hace beber.

—Font —le dije una vez—, dime qué quieres que haga.

—Huye, escoria —respondió. Así que fui al Groppi's y bebí más whisky. En esas estoy, claro que todavía leo el *New Statesman* y el *Guardian*, y mi ejemplar del *Tribune* es quizás el único que llega a Egipto.

—Font —le dije en otra ocasión en que estaba bien entonado y de buen humor—, Font —dije—, eres tal vez el único joven airado de Egipto. —Y me reí. Me parecía muy gracioso.

—Anda —replicó—, ve a gorronear un poco más a esos parásitos.

Yo fui quien metió a Font a trabajar en el club de snooker. Jameel pensó que bromeaba cuando le dije que era el único modo de mantener a Font alejado de las calles. Tuve que llevármelo a Sharia-el-Sakia para que viera a Font con la carretilla. Jameel se quedó pasmado al ver en la calle a uno de sus amigos del colegio. Lo del club era lo único que podía hacer para evitar que Jameel le diera a Font una cantidad de dinero suficiente para mantenerse el resto de su vida. Font le habría escupido y a mí probablemente me habría pegado.

Allí estaba por entonces, vendiendo pepinos. Sobre todo pepinos. Lo entendí, por supuesto. Era Jimmy Porter.* Habíamos visto juntos la obra en Londres y allí estaba, con un título universitario y vendiendo pepinos. Había además otras carretillas; lechugas, cebollas, pipas, judías. Detuvimos el coche delante de Font y lo miramos.

* Protagonista de la obra de teatro *Look Back in Anger*, de John Osborne, estrenada en Londres en 1956, que valió a su autor el sobrenombre de *angry young man*, «joven airado». (N. del T.)

—Circulad —dijo.

Dije que quería comprar unos pepinos pero que no me fiaba de su pesa.

—Largo —gritó—. Os partiré vuestras podridas caras si no os largáis. —Esto es típico de Font. Con los demás se pone sarcástico, pero conmigo se enfurece. Jameel le dijo que necesitaba a alguien para ocuparse del club de snooker en su lugar.

—Es demasiado snob —dije—. No le gustaría trabajar en un lugar donde lo pudieran ver sus amigos del colegio.

—¿Creéis que me importáis un comino? —gritó Font. Jameel es un tipo tranquilo y le dijo que necesitaba de verdad a alguien. Font habría aceptado de no estar yo delante, así que optó por dedicarme su expresión de «sucio traidor».

—Font —le pregunté en inglés—, ¿qué piensan los demás carretilleros de Virginia Woolf?

Cayó en la trampa y respondió en inglés.

—¿Te burlas de ellos? Jamás tuvieron la oportunidad de ir a la escuela, escoria. ¿Acaso el parásito que te acompaña ha leído un solo libro en su vida? Con todo ese dinero y no es más que un cerdo gordo e ignorante.

Jameel es tan dócil que no se molesta en absoluto si lo llaman cerdo gordo e ignorante. Sin embargo, los demás carretilleros se acercaron. Font, ataviado con ropa árabe, cuidando de una carretilla y hablando en inglés, atrajo su curiosidad. «¿Qué dice? ¿Qué dice?», preguntaron.

—Es un espía —les dije, e inmediatamente se pusieron en guardia.

—Nos encargaremos de ese hijo de perra —gritaron. La rabia hizo que Font se mostrara incoherente. Lo metimos en el coche y nos fuimos a la carrera.

Poco más tarde tuve que salir del coche para escapar de la ira de Font, pero una semana después mi amigo quitaba el polvo a las mesas de snooker con el *Literary Supplement*.

Saliendo del Groppi's me dirigí al club de snooker. Es un espacio amplio con gruesas alfombras entre las mesas, una barra acogedora y amplios sillones de piel. Su sobriedad y lujo impresionan, a tal punto que uno siente que allí los malos modos son un sacrilegio.

El padre de Jameel, tras aceptar su derrota en cuanto a que su hijo recibiera una buena educación, dio alas a la pasión del chico por el snooker y construyó ese lugar para él, que resultó, por otra parte, un excelente negocio.

El padre de Jameel es un hombre extraño. Aunque parezca increíble, es un socialista convencido, genuino. No es un rico «liberal» ni un acomodado lector del *Nation*, no; defiende sus ideas de forma activa y una vez fue encarcelado por la banda de Farouk. Viene a jugar a menudo: un hombre alto, delgado y elegante, que recibió una educación francesa y que escribe para el *Express* de Francia. Me gusta el doctor Hamza; de hecho, me gustaría parecerme a él: bien vestido, con sobriedad aristocrática y habiendo pasado por la cárcel por sus ideas socialistas. No me gustaría ir a la cárcel, sino que me gustaría haber estado en ella. Font, por supuesto, no aceptaría ser tratado con condescendencia, ni el doctor Hamza estaría dispuesto a tratarlo con condescendencia, así que una capa de simpatía los separa.

Como decía, fui al club de snooker. Me puse detrás de la barra y me quedé observando a Font mientras pasaba la aspiradora a las alfombras. Hay en el rostro de Font una expresión de asombro perpetuo que provoca en los demás unas extrañas ganas de responder a una pregunta sin formular. El modo en

que pasa la aspiradora por las alfombras con las cejas arqueadas y los ojos bien abiertos, sondeando las difíciles curvas y esquinas entre las mesas, da a entender que si alcanzara con la máquina esa esquina en particular encontraría la solución a lo que sea que le preocupe.

—¿Bass de barril, Font?

—Sí, vale.

Abrí un par de botellas de Stella egipcia, vertí toda la cerveza en un gran vaso, y revolví el líquido hasta que perdió todo el gas. Luego añadí un chorrito de vodka y algo de whisky. Era lo más parecido a la Bass de barril que podíamos conseguir.

En Londres, en Endware Road, había una calle donde una banda de Teddy Boys, peones irlandeses y demás fauna solían jugar a dados en el suelo. Los egipcios somos jugadores. Siempre que un grupo de egipcios se reúne, más tarde o más temprano empieza una partida. No es que queramos ganar dinero, es solo que nos gusta jugar. Somos holgazanes y nos gusta reír. Solo estamos plenamente despiertos y concentrados cuando jugamos. Una vez, Font y yo ganamos mucho dinero en aquellas partidas, y fuimos a una platería de Endware Road a comprar las dos jarras de plata para cerveza que ahora guardamos en la barra del club de snooker. Les grabamos nuestros nombres y juramos que solo beberíamos Bass de barril de ellas. Ahora vertía el brebaje en las jarras mientras esperaba a que Font apagara la aspiradora.

—No está mal —dijo Font—. ¿Cuánta has hecho?

—Sobre dos pintas por cabeza.

—Voy a estar bastante mamado todo el día.

—Yo también voy a pasar el día aquí —dije.

Si Font no hubiera estado tan solo, jamás habría hablado conmigo. Pero está solo y quiere hablarme de algo; lo sabía, o lo prefería a tener que ir a hablarle yo.

—El problema que tenemos nosotros —dijo (si Font se refiere a él y a mí como «nosotros» significa que está excepcionalmente bien predisposto hacia mí)— es que somos ingleses hasta la náusea. No tenemos cultura propia.

—Habla por ti —dije—. Yo puedo intercambiar chistes con el resto de egipcios.

—Igual tienes razón —dijo—. Tal vez nuestra cultura no es más que un chiste.

—No, Font, no es eso. El problema es que nunca aprendimos bien el árabe. —Este es mi modo de hablarle a Font. Tengo que contradecirlo, al menos en las primeras horas de cualquier jornada que tenga que pasar entera junto a él, y tengo que hablarle despacio para que no me acuse de intentar ser elocuente en lugar de llevar una conversación normal.

—Entonces, ¿quieres decir que intercambiar chistes es cultura?

—Lo que quiero decir —repliqué— es que los chistes son, a los egipcios, lo que el calípo a los caribeños o las canciones espirituales y el jazz a los negros americanos. Es más —seguí diciendo sin ton ni son, puesto que hablando así es como consigo que Font me crea sincero—, los chistes son cultura como tocar el órgano es cultura.

Volví a llenar las jarras y empecé a preparar más Bass. Font meditó lo que acababa de decir. A veces digo cosas que instantes después de pronunciarlas parecen menos estúpidas.

Eran pasadas las once cuando entraron los dos primeros clientes; Arevian y Doromian, dos armenios ricos que tienen la zapatería de abajo. Dos individuos gordos y grasientos con sentido del humor.

—Buenos días, buenos días, profesores —nos dijeron a Font y a mí (el título universitario de Font es una fuente de

gran divertimento para ellos)—. Venimos a jugar a las canicas para su deleite, Docto Profesor Font. Es la mayor ambición de nuestras humildes vidas el dar distracción a sus sabios ojos con nuestro pedestre empeño, permitiendo a su mente sustraerse de sus elevados asuntos. —Hicieron una reverencia a Font como si fueran a besarle la mano, una antigua costumbre de los círculos gubernamentales.

—Míralos —dijo Font—, le pagan a ese miserable de abajo seis libras al mes por un trabajo de doce horas al día, y luego vienen aquí y apuestan miles de libras como si fueran cacahuetes.

—Perdónenos, perdónenos, doctor —canturreó Doromian—. Si nuestro Hassan tuviera un diploma menor de Heidelberg o de la Sorbona, le pagaríamos... ocho libras.

Cuando decía que tenían la zapatería de abajo, no he sido muy exacto. La tiene uno de ellos y el otro la perdió. Suelen jugarse enormes cantidades de dinero y, cuando se les acaba, se juegan su parte de la tienda. Jamás se prestan dinero entre ellos. Recuerdo una ocasión en que Doromian lo perdió todo, incluido el coche, y Arevian se negó a prestarle el dinero del billete de tranvía para volver a casa.

Font empezó a prepararles las bolas de snooker. Me terminé mis dos pintas de esa Bass que me hace sentir bien y permite a mi mente oriental discurrir sobre cosas no orientales, como Font, o como otros Fonts que conocí, o incluso como el Font que yo mismo fui. Fonts que no son Keir Hardies,* sino Jimmy Porters en el Egipto victoriano; Fonts que no son revolucionarios, ni líderes de la lucha de clases, sino finos

* James Keir Hardie (1856-1915) fue uno de los fundadores del Partido Laborista y el primer miembro de ese partido que ocupó un escaño en el Parlamento del Reino Unido. (*N. del T.*)

productos de la «izquierda» inglesa, solos y sin lustro en la incipiente revolución árabe.

Por un lado estos pensamientos, y por otro el placer de sentarse en el Groppi's y beber whisky sin tener que pagar, o venir al club de snooker, sentarse y disponer de todas las botellas. Mientras lo pensaba, alcancé una botella de Martell y me la llevé a los labios. La buena vida.

Font se acercó, con las cejas algo relajadas por efecto de la Bass. Me preguntó si había visto a Didi Nackla desde Londres.

—No —dije.

—Ayer vi a Edna y a Levy —empezó—. Esta noche vienen a mi casa. Tú vienes también.

Levy y Edna... y Font. Desearía que todos hubieran abandonado el país y me hubieran dejado tranquilo. Levy y Edna, sobre todo Edna. Me volví para darle otro trago a la botella pero me detuvo.

—No seas tan asquerosamente cobarde —dijo.

Renuncié al Martell, suspiré y di un trago a la cerveza.

—Hace mucho que no veo a Edna.

—La podrías ver esta noche.

—No quiero.

—Bueno, pues no vengas.

—Sabes muy bien que voy a ir —dije.

Sonrió.

—Espero que nos metan en la cárcel —dije—. En algún rincón del Mar Rojo. A los cuatro. Así tendrías motivos de verdad para estar airado. Me imagino tus cejas arqueadas hasta detrás de la cabeza por la perplejidad.

—¿Qué quieres decir? —preguntó—. ¿Por qué habrían de meternos en la cárcel? —Sus cejas empezaron a arquearse de nuevo—. ¿Estás metido en algo?

—No —dije.

—Ram...

—Te lo he dicho cientos de veces, no.

Anhelaba volver a ver a Edna. Su larga melena caoba y sus grandes ojos castaños. Los dos sentados en el suelo, yo detrás de ella, a la manera árabe, peinándola. Pasar el peine largamente una y otra vez, y hacerle la crencha y dos largas trenzas sujetas con cordel en cada uno de los extremos.

—Hablemos de otra cosa —dije—. Tomémonos otra Bass. —Repartí lo que quedaba de Bass y vi cómo sus cejas se elevaban antes de hablar.

—¿Leíste lo que hizo?

—¿Quién?

—Gaitskell.

—Gaitskell. ¡Gaitskell! Por Dios, Font, ¿crees que me preocupa? —y entonces vi la soledad en el rostro de Font—. Sí, lo sé. ¿Qué esperabas? Tantos años en política, terminas siendo político.

—No es verdad —gritó—. ¿Qué me dices de Konni Zilliacus, de Fenner Brockway...?

—Deja de gritar, Font. —Tres hombres acababan de entrar y nos estaban mirando—. Anda, ve a darles unas bolas. —Cogió unas llaves de detrás de la barra y se dirigió con paso vacilante hacia ellos. Me estaba emborrachando. Di otro trago al Martell y me encendí un cigarrillo.

Font ignoraba lo ridículo que era el que un egipcio establecido en El Cairo estuviera furioso por la postura de Gaitskell acerca de la fabricación de armas nucleares en Inglaterra. Admito que la política doméstica egipcia lo ponía igualmente furioso, pero esto era ridículo también, como lo hubiera sido un Lucky Jim en la Inglaterra de los tiempos de Dickens. Era

como tratar de enfriar un pastel cuando todavía está en el horno. Font sabe cómo se corta el pastel, y cómo helarlo, y cómo adornarlo a la última, pero no sabe hornearlo. Así que solo le queda esperar a que Nasser lo hornee para que luego él pueda añadirle sus propios refinamientos, y no está muy seguro de que se le vaya a permitir hacerlo, ni siquiera más adelante. Mientras tanto se sienta a juzgar todos los pasteles que salen del horno con la esperanza de que el pastel egipcio, o árabe, salga con el aspecto adecuado.

Tengo la estúpida costumbre de ponerme a reír de repente. La verdad es que vi el pastel en mi imaginación, y no era tan liso y suave como me hubiera gustado. Me vi a mí mismo mordisqueándolo por aquí y por allí. Por descontado, entonces ya estaba borracho y el asunto del pastel era muy gracioso, sobre todo el mordisqueo. Me reí a carcajadas.

—Hey, profesor —gritó Arevian—, ¿está su alteza entretenida con nosotros?

—¿Conoces a Gaitskell, Arevian? —le grité.

—Claro —respondió, al tiempo que metía una bola en un agujero—, Gaitskelio el gran armenio.

—¿Y al doctor Summerskilio y a Lord Stansgatio y a Kingsley Martinio, los conoces?

—He jugado al snooker con todos —dijo.

Salí del club de snooker sin mirar a Font. Volvía a estar borracho y quería encontrar algo que hacer antes de deprimirme. Cogí el bus de vuelta a casa.

Tenemos un bonito apartamento en Zamalek desde donde se domina el Nilo. Es extraño, pero nunca le he preguntado a mi madre cuánto dinero tiene. Tenemos este bonito apartamento y parece que comemos mejor que nunca.

—*Tu as essayé de t'employer?* —me preguntó.

—*Penses-tu.* —Naturalmente, ella habla francés, y dijo *t'employer, no chercher du travail.*

No trabajo. No he trabajado desde que volví de Europa. Pero no penséis que tengo dinero; no lo tengo, ni tampoco un padre que me mantenga. De hecho, tener padre en Egipto es un lujo poco frecuente. Nuestras madres están legalmente casadas y todo eso, pero sus maridos mueren jóvenes, a una media de treinta y cinco años de edad o por ahí. Mi madre me llevó a vivir con sus padres cuando tenía cuatro años. Cuando cumplí los siete, había tres tías viudas y ocho huérfanos viviendo con mi abuelo y mi abuela (de algún modo extraño mis abuelos habían superado la edad media de esperanza de vida). El hecho de que mis tías fueran muy ricas, y mi madre no, nunca me había dado que pensar. Nadaba en la abundancia. Iba tan bien vestido como los demás huérfanos y nos llevaban al mismo colegio. Cada huérfano iba lujosamente equipado y lo mandaban a Inglaterra, Francia o Suiza tan pronto como terminaba el colegio. Sin embargo, cuando me llegó el turno, fui tratado con frialdad por una tía tras otra y tuve que admitir que la abundancia se había evaporado y que no tenía medios propios de locomoción. Así que ahora nado en la abundancia de mis amigos del colegio. ¿Por qué? Bueno, ellos consiguen el dinero de la misma forma. Sinceramente, la palabra «gorrón» me disgusta tanto como a Font. Si os digo la verdad, cuando volví pensé que Nasser había soplado unos polvos mágicos y todas las abundancias se habían extinguido. Habría trabajado si hubiera podido ganar tanto dinero como mis amigos. Pero tal como están las cosas, si trabajara tendría que alejarme de mis amigos ricos, y mis amigos me gustan.

Hice una llamada a Assam el turco. Respondió su hermana.

—Hola, Zouzou, ¿está Assam?

—No —respondió—, supongo que quieres jugar una partida.

—No seas tonta, Zouzou; sabes que ya no juego. —Mi madre oyó la palabra «juego» y vino corriendo a escuchar la conversación.

—Bueno, no está —dijo Zouzou—, pero te digo dónde está si me prometes algo.

—Te lo prometo.

—Dile que me lleve a ver la partida al Semiramis el próximo sábado.

—¿Por qué no vas con tus amigos?

—Ya sabes cómo somos los turcos —dijo—, tendría suerte si por lo menos me dejaran ir.

—Creía que los turcos os habíais modernizado hace cuarenta años. Ahora sois americanos y miembros de la OTAN.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Nada, te tomo el pelo. Sí, te prometo que se lo diré. ¿Dónde está?

—Está en casa del bajá Nackla.

—Gracias, Zouzou.

—Escucha.

—¿Sí?

—Están jugando al bacarrá, no al póker.

—¿Cómo lo sabes?

—Le he prestado cien libras, por eso lo sé.

—Gracias, Zouzou, adiós. —Mi madre esperaba que le diera explicaciones.

—Así que ahora juegan al bacarrá —dijo—. Bien, bien. Assam se llevará todo su dinero. Ese chico tiene una suerte asombrosa.

—Yo tengo mejor suerte —dije.

—Sí, la tuya tampoco está mal. Naturalmente no vas a volver a jugar.

—No.

—¿Dónde juegan?

—En casa de los Nackla.

—*Pas possible!* ¿Tan bajo ha caído? ¿*Le* Nackla jugando con chicos de tu edad?

—No, por desgracia no ha llegado a eso todavía, aunque un tiempo lo hizo. No —dije, con el alcohol haciéndome hervir la sangre—, esto es solo un pequeño aperitivo para *le* Nackla. Solo unos cuantos cientos de libras para entretener a los jóvenes. Más tarde, por la noche, llega lo bueno.

—¿Pero por qué te enfadas? —preguntó mi madre.

—Eres adorable, mamá, pero no lo entiendes. *Le* Nackla no tiene derecho a tener todo ese dinero.

—Pero es así en todo el mundo —dijo.

—No, mamá, no lo es. No es así en... —iba a decir Rusia o China, pero si lo hubiera hecho, mi madre se habría quedado aterrorizada de pensar que yo era comunista. No porque el comunismo la asuste —no sabe lo que es—, sino porque ha oído que a los comunistas los meten en la cárcel y los torturan, y mi tía le dice que son unos asesinos y le insinúa que yo soy uno de ellos.

—¿Dónde no es así? —preguntó con suspicacia.

—En Luxemburgo —dije—. Venga, mamá, vamos a tomarnos una cerveza fría y a comer algo. Tengo mucha hambre.

Me preguntó si había visto a Font últimamente; «*ce brave garçon*, ¿qué ha sido de él?» ¿No es tremendo, volverse loco así de repente? ¿De verdad le tengo que contar lo que pasó durante esos cuatro años en Londres? ¿Acaso no me siento

responsable? A fin de cuentas, fui yo quien lo convencí de que fuera conmigo. Cómo lo logramos sin un penique es, por supuesto, un secreto que guardamos los dos. ¿Es verdad lo que dice la gente? ¿Que allí trabajamos de peones corrientes? Ella, claro, nunca se lo habría creído... Su propio hijo...

Londres me vino a la cabeza, aquellos cuatro años con Font, y me puse triste de verdad. Bebí más cerveza; estaba helada, y de pronto me sentí tan harto de todo que cogí el vaso de cerveza y lo hice estallar y repetimos la vieja escena de siempre: vuelve a Londres si no eres feliz aquí, encontraré el dinero de algún modo... Tal vez tu tía... ¿Qué me pasa en realidad? ¿Estoy enamorado de una chica de allí? Etcétera. No era la primera vez.

—Anda —dijo—, ve a jugar a casa de los Nackla.

Habría ido; pero hubiera significado ver a Didi Nackla. La última vez que la había visto había sido en Londres, y desde mi vuelta había evitado verla. No sé por qué. Es probable que ella piense que todavía estoy fuera.

—No —dije, y le pedí perdón por haber roto el vaso.

Dormí hasta las cinco de la tarde.

—Intenta encontrar algo que hacer, hijo —dijo mi madre—. Relaciones públicas o algo parecido encaja contigo.

—Sí, mami.

—A fin de cuentas —dijo—, ni siquiera tenemos coche; ¿no te da vergüenza ver a tu propia madre en tranvía?

—Sí —dije.

Le di un beso y fui al Groppi's. Fui andando porque no tenía billete de bus. Ragab, el camarero, me sirvió un whisky en cuanto me vio.

—Estaban todos aquí y han dicho que volverán a las siete —me contó. Eran las seis, así que debería esperar a que viniera alguien a pagarme el whisky... o los whiskys, si tenía que esperar una hora. Había tres o cuatro personas sentadas en el bar. Una era un chico de mi edad que leía una revista. La cubierta era satinada y en color, lo que quería decir que era americana. Por cómo la leía, absorto y con mucho interés, supe qué era. Lo único que nos queda en común a Font y a mí es nuestra vehemente fobia hacia los egipcios que leen la americana *Time Magazine*. Los llamamos «Soporinos», lo que consideramos el peor insulto. Estos lectores del *Time* van bien vestidos, y la colonia americana y los periodistas los consideran «educados». Me ponen enfermo.

Me tomé otro whisky y comencé a sentirme bien de nuevo. Me preocupaba ver a Edna más tarde. No, no me preocupaba, me daba miedo. No, miedo no, me daba vergüenza. Sí, eso es, vergüenza. El turno de Ragab detrás de la barra estaba a punto de terminar y recogía el dinero de sus clientes. No me miró, pero le susurró algo a su colega y lo vi poner mi cuenta en un vaso tras la barra. Así que hasta Ragab participaba en la conspiración secreta para mantener respetable mi condición de desocupado; ¿o era tal vez que mis amigos le habían pedido que guardara mis cuentas para pagarlas ellos después? Lo ignoraba. Tampoco me importaba.

Hice seña al nuevo camarero. Inmediatamente se puso a servirme otro whisky. Cogí el vaso y me senté en un sillón de bambú con almohada, tras haberle sacado la lengua como un idiota al lector del *Time*, que me había mirado al moverme. En aquel momento el Groppi's estaba lleno de gente, todos bien vestidos y magnánimos al pedir las bebidas. Me molestaba que toda esa gente no hubiera tenido que encajar un duro

golpe con la revolución. ¿Por qué seguían hablando en francés? Todos se quejaban de no tener tanto dinero ahora, pero aún vivían al estilo de siempre.

Llegaron Jameel y Yehia. Lo único que llama la atención de Jameel es el pelo; no el pelo en sí, sino cómo lo lleva. Lleva la raya en medio. Esto lo ayuda a mantener en la cara una expresión bobalicona y sin carácter.

—Estábamos en el club —dijo—. Hoy han venido dos bellezas. Alemana y noruega.

El club es el Gezira Sporting Club. Las «bellezas» son enfermeras o institutrices o como las queráis llamar. Los egipcios «top» todavía contratan institutrices extranjeras para sus hijos, aunque hoy en día las institutrices son chicas guapas en la veintena que se pasan un año muy costoso a expensas de familias de buen «linaje» —odio esa palabra—.

—Yehia —pregunté—, ¿conoces al tío sentado detrás de mí que lee una revista?

—Es Coco, ¿no lo conoces? Trabaja en General Motors. Su padre es...

—Da igual —dije.

—¿Qué tomas? —preguntó Jameel.

—Ya me he tomado tres whiskys.

—Estupendo. —Sacudió tranquilamente la mano y fue a la barra.

—¿Qué haces esta noche? —me preguntó Yehia.

—Voy a casa de Font.

—Así que no pasarás por...

—No —respondí. Tenemos un piso en el centro compartido entre seis sin nada más que camas y sábanas sucias. Digo «compartido», pero nunca he puesto un duro en eso.

—¿Vas a coger el coche esta noche, Yehia?

—No, vamos con el de Jameel. Coge el mío. —Me dio las llaves mientras Jameel llegaba con tres whiskys.

Algún día, pensé, uno de ellos no me querrá pagar la bebida o dejarme el coche o algo así, y nunca más los volveré a ver.

—¿Qué te pasa, Jameel? —Estaba nervioso y había hecho ademán un par de veces de querer decirme algo, pero se lo había pensado.

—Nada importante, en realidad.

—Suelta.

—Hoy Font estaba borracho. —Hubo silencio por unos instantes.

—¿Por qué no lo echas?

—No puedo hacer eso, Ram. Todos le tenemos cariño.

—Bien, ¿pero qué tiene que ver conmigo?

Yehia sonrió.

—¿Sabes lo que ha hecho? Le ha dado a Arevian con el taco de snooker. Nunca me había reído tanto. Se han puesto a correr entre las mesas y cada dos por tres, zas, el taco en la espalda de Arevian. Arevian daba los gritos más agudos que podía y vociferaba palabras armenias que nunca había oído. Doromian animaba a Font y casi se moría de la risa.

Jameel se puso a reír también, y ahora ambos se reían a carcajadas. Después de un rato dejaron de reír y me contaron lo que había ocurrido. Doromian se había pasado diez minutos pensando en cómo meter una bola en una posición imposible. Arevian, claro, lo acosaba con su sarcasmo; «No acertarás en el agujero», o «Incluso si la cogieras con tus gordas manos te sería difícil». Todos, incluido Font, miraban. Al final Arevian le había dicho que si la metía desde esa posición quemaría un billete de diez libras. De pura chiripa la bola se había colado en un agujero, con lo cual había sacado un billete

de diez libras de la cartera, había encendido una cerilla y había empezado a quemar el billete. Esto había enfurecido a Font, quien había cogido un taco de snooker y había empezado a pegarle.

Me reí.

—En serio, Jameel —dije—, si quieres quejarte de Font no me lo digas a mí.

—No, de verdad, no me quejo. Es solo que si fuera capaz de... Quiero decir, debería ser un poco... —y la frase se fue desvaneciendo hasta que no quedó nada.

Font tiene dos habitaciones detrás de la ciudadela del viejo Cairo. Sus vecinos son carretilleros, sirvientes y, a veces, vagabundos. Es la parte de El Cairo más bonita y colorida y en cualquier otro lugar los bohemios habrían acudido en tropel, pero no en El Cairo. Los bohemios de El Cairo, si no viven a lo pobre en Europa, conducen Jaguars en Zamalek. Me gustaría vivir en esa parte de El Cairo; sinceramente, preferiría vivir allí. Pero en mi caso sería artificioso. Hay una pizca de artificiosidad en todo lo que hago.

Mientras conducía en dirección a casa de Font me sentía relajado y contento. Beber cuatro whiskys en una hora y media tiene ese efecto en mí. ¿De qué me preocupo? ¿De Edna y todo eso? Qué tontería. Soy libre de hacer lo que quiera. *Au fond* no sé por qué aguanto todos esos desprecios y mofas de Font. No me enfadaré, claro, pero le... bueno, le diré que pare. Y sacar la lengua a los lectores de la revista *Time* y demás, es muy infantil. Va siendo hora de que me calme. Es más, hablaré con mi primo Mounir para que me meta en Shell o en Canadian Insurance o algo así. Sí, dejaré ese otro negocio. Un día me cogerán y me arrancarán las uñas. Sí, ya me he tomado unas largas vacaciones y he

sembrado avena natural Quaker y basura de Fabian y ahora es el momento de madurar, etcétera. No, no hay motivo para que vaya a casa de Font con sentimiento de culpa. ¿Culpa? ¿Culpa por qué? ¿Por no haber dejado que Edna mandara en mi vida?

Pasé de largo la casa de Font, di la vuelta y me volví a pasar. Es estupendo conducir con un poco de whisky en el cuerpo. Cuando llevo sin fumar una hora o así, pero he estado bebiendo y luego fumo, el cigarrillo me deprime de forma repentina. (Me ocurre lo mismo con las resacas. Por más que haya bebido la noche anterior, me levanto con el mejor ánimo, pero en cuanto fumo me deprimó del todo.) Detuve el coche y encendí un cigarrillo.

¿...no haber dejado que Edna mandara en mi vida? ¿Qué vida, por todos los cielos? ¿Llamar a esto vida? ¿Llamar a esto hombre?

Me tomé más tiempo del necesario para aparcar el coche delante de la casa donde vive Font; me subí a la acera, de lo contrario no habría espacio para que pasaran los demás coches. Encendí la radio para escuchar las noticias y terminar el cigarrillo antes de subir. Un niño me miró mientras cerraba el coche.

—Te lo vigilo —dijo.

—Ya está bien —dije—. No te molestes.

—También te lo lavo —prometió.

—Vale —dije, y comencé a subir las escaleras. Luego volví al coche y le dije que si quería se podía sentar dentro. Lo abrí con la llave y le enseñé cómo se encendía la radio. Estaba encantado, y retraía los pies descalzos con timidez.

—Limpiaré hasta el último rincón —dijo.

—Muchas gracias —dije, y subí.

Edna estaba sentada y miraba a través de la ventana, con una taza de café en la mano. Llevaba un sobrio vestido negro y tenía las piernas cruzadas con elegancia. No se volvió cuando entré. Di la mano a Levy, que ayudaba a Font a fregar unos platos en una esquina. Levy es alto. Suele sacar la cabeza hacia delante y levanta el mentón hasta ponerlo horizontal, y parece que adopte esa posición solo para impedir que se le caigan las gafas. Al contrario que Font, Levy empuja las cejas lo más abajo posible. Lo observé secar los platos con movimientos torpes y distraídos. Había algo patético en la escena: Font le pasaba los platos a Levy y Levy los sujetaba, cada uno con su propia expresión de perplejidad, como si un extraño virus los hubiera alcanzado a ambos y los síntomas de la enfermedad fueran evidentes. Un tático «¿Por qué?» en las caras. Si les hubieran preguntado «¿Por qué, el qué?», no habrían sido capaces de responder con precisión.

Cogí una silla y me senté mirando de reojo a Edna.

—Por lo tanto, lo fue —decía Levy a Font—, tanto criminal como estúpido. —Levy es producto de uno de los liceos franceses de Egipto. Esto se hace evidente cuando está con Font o conmigo. Comparada con la dejadez y vaguedad de nuestra educación inglesa, la claridad de su pensamiento y de su discurso es conspicua.

—¿Pero crees que Inglaterra y Francia nos habrían atacado si Israel no hubiera querido participar? —preguntó Font.

—Sí, y es más, Israel habría atacado sin la participación activa de Inglaterra y Francia. Si Israel se hubiera sumado a las voces árabes que protestaban por la concentración de tropas en Chipre, y hubiera dicho al pueblo árabe: «sean cuales sean nuestras diferencias, no seremos un instrumento de los designios imperiales que pretenden dominaros», habría hecho un bien inestimable.

—Sí, sí; pero tus «sés» no tienen sentido. Sabes muy bien que todos los israelíes nos quieren ver bajo el dominio de Europa o de América. Tus «sés» cojean.

A Levy esto lo noqueó. Aunque siempre está siendo noqueado.

—Es un hecho, Font —dijo—, que un gran número de personas en Israel se opuso a la agresión del Sinaí. En Israel hay un gran número de socialistas convencidos.

—¡Socialistas convencidos! Conozco a tus socialistas convencidos. Maurice Edelman, ese es tu socialista convencido.

Sonreí. Maurice Edelman es un nombre del que siempre echamos mano cuando discutimos sobre socialismo con judíos.

—No te quedes con ese ejemplo —dijo Levy—, piensa en gente como Victor Gollancz.

Font siente debilidad por Victor Gollancz.

—Victor Gollancz no es israelí —masculló.

—Ni Edelman tampoco.

Estos dos se pueden pasar horas así. Centrándose en personalidades inglesas, dan vueltas y más vueltas, ignorando que discuten sobre Oriente Medio y no sobre el Reino Unido.

Dejé de escucharlos y me volví hacia Edna. Me pregunté si Font y Levy serían asexuales. Me pregunté si uno ha de ser asexual para ser totalmente sincero. Sé que ellos nunca han visto en Edna a una mujer a quien poseer físicamente. Doromian el armenio dijo una vez que la mayoría de hombres tiene el cerebro en la bragueta, y me pregunto por qué Freud necesitó escribir todos esos tomos para decir eso. Finjo, por supuesto, que en mi caso no es así, pero la verdad es que siempre que aparece una mujer guapa mientras discuto un tema cualquiera, por importante que sea, sé muy bien adónde se

irá mi cerebro. Excepto cuando juego en serio. Tal vez el juego es para mí lo que el socialismo para Font y Levy, aunque no lo creo.

—Edna —susurré. Ladeó ligeramente la cabeza pero siguió mirando por la ventana. Le rocé la manga con el dedo despacio de arriba abajo—. Edna... Edna... Edna... —Se volvió y me miró. Por un momento creí que se trataba de una sombra en la mejilla; en ese mismo instante me llevé involuntariamente la mano a los ojos y me los cubrí. Hubo un silencio y luego oí que Font y Levy salían. Desde la comisura de los labios, a lo largo de la mejilla derecha hasta el lóbulo de la oreja, tenía una gruesa hendidura en carne viva. El centro del corte era más profundo y de un tono más oscuro que el resto. Los puntos tiraban ligeramente los labios a un lado, y tenía parte de la piel del cuello igual de tensa por la herida.

—Dame un cigarrillo —dijo en voz muy baja. Tenía las manos empapadas de sudor. Le di un cigarrillo, saqué otro para mí y los encendí.

—Cuánto te gusto ahora —dijo.

—Te amo —respondí.

—Me refiero a la estética.

Un puto policía. No debió habérmelo dicho. Un puto policía bastardo fue a registrar su casa. Un flamante cerdo con bigote. Encantador al principio. «Mera rutina», debió de decir. Mera mentira, le debería haber dicho alguien... Una judía. ¿Con qué? ¿Un cuchillo? ¿Un vaso roto?

—Un látigo —dijo sin que se lo hubiera preguntado.

—¿Y entonces? —grité—. ¿Qué coño pasa? ¿Israel no tiene ni un puto policía? ¿No han masacrado a mujeres y niños árabes? ¿No está Kenia llena de putos policías británicos? ¿No está Argelia llena de putos sádicos de uniforme? ¿Y bien? ¿No

hay policías judíos en la indecente OTAN mano a mano con antiguos oficiales nazis?... Oh, Edna... ¿Quién ha sido?

No respondió.

—¿Quién ha sido, Edna?

Pero nunca lo diría.

Parecía mucho mayor que yo, y muy cansada. Un huracán de afecto hacia ella se arremolinaba en mí, y la inutilidad de todo y la injusticia de todo nublaba mis sentidos y me empujaban a cubrirme con las sábanas y a no abrir los ojos o levantarme de la cama por mucho tiempo. Traté de abrazarla pero ella me empujó para que retrocediera. Desistí y se volvió a sentar, dándome su lado sin cicatriz.

Todo esto es Londres. Todo esto es Londres, me decía. Todo esto viene de escuchar los discursos del padre Huddleston, de aprender quién es Rosa Luxemburgo, de ver la trilogía de Gorki en Hampstead. Viene de Donald Soper en el Speaker's Corner, de leer a Koestler y a Alan Paton y a Doris Lessing y a Orwell y a Wells y *La question* e incluso a Kenneth Tynan. De saber cómo había llegado Franco al poder y de quién se había hecho amigo desde entonces, de los cien millones de Churchill para acabar con Lenin y del telegrama; de saber cómo y por qué se había entregado Palestina a los israelíes... del bombardeo de Damasco y de *Good-bye* de Robert Graves. Oh, bendita ignorancia. ¿No era estupendo ir a la iglesia católica con mi madre antes de oír hablar de Salazar o del envío de tropas a Etiopía?

—¿Cuándo pasó?

—Da igual —respondió.

—¿Dónde vives ahora?

—A unos metros de aquí.

—¿Y tus padres?

—En Sudáfrica.

Me levanté y me puse a caminar por la habitación. Busqué debajo de la cama de Font y encontré una botella de coñac, pero no me apetecía beber. Miré abajo por la otra ventana y vi a Font y a Levy con el propietario de un café, sentados en sillas, los tres jugando una partida de dominó en el suelo. ¿De verdad le gustaba a Font jugar al dominó, o era que verse en una escena junto a Levy y a un hombre vestido de campesino le resultaba un estimable autorretrato?

—¿Quieres coñac, Edna?

—Sí —respondió. Saqué la botella de debajo de la cama y le serví una copa.

—¿Por qué no te vas, Edna? ¿Por qué no te vas a Israel o a Sudáfrica o a Francia o a cualquier otra parte y vives feliz?

—Porque soy egipcia —dijo.

Me llevó un rato darme cuenta de que esa cicatriz en la cara de Edna era una deformidad, y que como tal me conmovía; no porque fuera repulsiva, sino porque me hacía sentir ternura y cariño hacia ella. De algún modo la hacía más real e irreductible como individuo. Ojalá pudiera llorar, pensaba, ojalá pudiera llorar y dejar que sus emociones vencieran a sus pensamientos. Pero en los seis años que habían pasado desde que nos habíamos conocido, nunca había llorado.

—¿Lloras alguna vez, Edna? —Ignoró con desdén la pregunta como si fuera estúpida.

Es extraño. Un hombre llega a conocer a una mujer. Durante un buen tiempo son un solo ser. Han fundido sus pensamientos, sus esperanzas, sus aromas, sus vidas. Son un solo ser. Y luego, pasado un tiempo, son extraños. Ya no son un solo ser. Como si nunca hubiera ocurrido, como mirarse al espejo y ver a un extraño en lugar de a uno mismo.

Fui a buscar un vaso. ¿Qué hace la gente que no bebe en ocasiones como esa? Enfrentarse a los hechos, tal vez. Pero enfrentarse a un hecho es una cosa, y vencerlo es otra. El coñac iba a vencer a los hechos: vencer la deliberada dureza de Edna y vencer mi falta de palabras y acciones adecuadas. Volví a llenar su vaso y el mío, y luego me quedé sentado a sus pies en silencio, ella con sus pensamientos y yo con los míos. El coñac empezaba a tomar el control de las cosas. Tras beber otro vaso cada uno le di un beso en la rodilla, suave y con afecto. Su mano descendió despacio y empezó a jugar con mi pelo y atrajo mi cabeza a ella. Espontáneo, tal vez, y sin premeditación; una escena, sin embargo, ya vista en alguna película, obra de teatro, ópera o libro que el brandy evocó sin saberlo. Los artistas tratan de representar a la gente, y la gente representa la concepción que los artistas tienen de la gente.

Y entonces me vino a la mente el tema obvio que tenía que mencionar y del que debíamos hablar: «¿Te acuerdas?». ¿Lo habría pensado de no ser por el brandy? Quizás lo habría pensado y hasta lo habría dicho, pero no habría venido suave y en el momento adecuado.

—¿Te acuerdas?

—¿Qué? —susurró.

Recordamos, y el extraño del espejo volvió a serme familiar, reconocible y cercano y uno y el mismo.

Font y Levy entraron y pasaron por alto que mi cabeza estaba apoyada en la rodilla de Edna, y que ella tenía la mano apoyada en mi cabeza. Cosas tan irrelevantes nunca merecieron la atención de los socialistas. Le iba a preguntar a Font qué hubiera hecho Lenin, en su opinión, de haber descubierto a su mujer con otro hombre, pero cambié de idea.

—Todo es la voluntad de Alá —empezó Font—. Le preguntas cuánto dinero gana al año, y te responde: «alabado sea Alá, el suficiente». Le preguntas si está contento de que Nasser nos haya librado de Farouk, y te responde: «si Dios lo ha querido así, está bien». Le preguntas cuánto le paga a su camarero, y te dice: «Dios sabe que más que suficiente».

Levy dijo que había una «barrera psicológica» entre Font y Kharafallah, el de abajo. Pero Font dijo que él mismo no era más que un empleado del club de snooker, y que por tanto no existía esa barrera, y Edna dijo algo así como que tuvieran cuidado de no ser paternalistas. Esperé a ver cómo la conversación acababa centrándose en políticos ingleses. Si no tomaba ese giro pronto, la iba a dirigir hacia allí yo mismo, porque nunca son más felices que cuando divagan sobre Londres. Sin embargo, Edna le dijo a Font que actuaba como un fabianista, y Levy ilustró el fabianismo tomando como ejemplo a Bernard Shaw, y Font defendió a Wells, así que estaban en la buena dirección y froté la cabeza en la rodilla de Edna.

—Te llevo a casa —le dije a Edna.

—Vivo en la puerta de enfrente —dijo.

—Vamos todos a dar una vuelta en coche.

—Vale —dijo.

Justo cuando salíamos por la puerta, Levy se volvió hacia Edna y le dijo: «*Tu te sens mieux?*».

Vi que fruncía el ceño; no le gustaba tener esa intimidad especial solo porque ambos eran judíos. De inmediato Levy se ruborizó por su error.

Oímos música al acercarnos al coche, y recordé al niño que se había ofrecido a limpiarlo. Estaba repantigado en el asiento delantero, dormido, con el trapo que había usado para limpiar en la mano. Lo observamos con curiosidad y les expliqué

cómo había llegado hasta allí. Edna apagó la radio y lo despertó amablemente.

—¿Dónde vives? —le preguntó. Se frotó los ojos y nos miró desde debajo de las cejas, con la cabeza gacha. Luego me vio y sonrió.

—Lo he lavado tres veces —dijo.

—¿Dónde vives? —volvió a preguntarle Edna—. Tu madre estará preocupada.

—Oh, no pasa nada, señorita —dijo—, no tengo ni madre ni padre, así que no pasa nada.

—¿Dónde vives, entonces?

—Oh, justo allí.

—¿En qué casa?

—En cualquier portal, el que sea.

—¿Quieres decir que no tienes casa?

—No, pero en invierno duermo en la estación, debajo del mostrador del oficial de policía.

—¿El oficial de policía?

—Sí, es amigo mío —dijo orgulloso. Observé la cara de Font. Pude ver cómo la genuina frustración y la rabia ante lo absurdo e injusto que era aquello le nublaban los ojos y lo cegaba de una furia inútil.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó Edna.

—No lo sé.

Justo en ese momento apareció Kharafallah, el propietario del café, y dijo «Sin padre ni madre»; suspiró, y añadió: «¿Qué le vamos a hacer? Es la voluntad de Dios».

—¿Dónde come? —preguntó Levy.

—Aquí y allí. Una rebanada de pan aquí, un poco de queso allí; hacemos lo que se puede, no es el único. ¿Qué le vamos a hacer? Es la voluntad de Alá.

—¿No va al colegio? —preguntó Font, absorto en sus ensañaciones.

—¿Al colegio? ¿A qué colegio? Os digo que no tiene ni padre ni madre. —Kharafallah sacudió la cabeza—. ¡Colegio, dice! —Se rió—. Este aún tiene suerte; el oficial de policía, un buen hombre, que Dios lo tenga en su seno, lo ayuda cuando hace frío. ¿Qué le vamos a hacer?

Edna dio a Kharafallah algo de dinero y le dijo que cuidara al chico mientras nosotros buscábamos alguna solución para él.

Conducimos hacia las pirámides, Edna y yo en el asiento de atrás, Font tras el volante y Levy en el asiento de copiloto. Levy tenía los brazos cruzados en actitud resignada. Está realmente solo. Lo conocimos en Londres, cuando trabajaba en una Lyons Corner House, mientras recibía una bronca de una encargada antipática. Nunca ha encajado mucho con nosotros. Aparte de que él recibió una educación francesa y nosotros inglesa, desprende un aura de humildad que llega a ser incómoda a veces. Edna le pagó el billete a Egipto y Font se hizo amigo suyo. Ahora se dedica a enseñar árabe a egipcios adultos que se encontraron de pronto con la necesidad de conocer la lengua. Levy lo aprendió de Moslem Sheikhs en la Universidad de Al-Azhar. Probablemente se habría convertido en un académico reputado en el mundo árabe de no ser por la guerra del Sinaí. Me preguntaba por qué no se había ido a Israel.

—Levy —pregunté—, ¿no has pensado nunca en irte a Israel?

—Sí —dijo—. Te puedo asegurar que todo judío ha pensado alguna vez en irse a Israel.

No sé por qué, pero esto me recordó a «todo hombre casado ha pensado alguna vez en divorciarse».

—Entre judíos —continuó—, pierdo mi individualidad. Estoy de acuerdo con todo lo que dicen. Digo y hago todo lo que esperan de mí; termino por no tener ideas propias. Sería un suicidio por mi parte.

*...un acte de suicide de ma part,
Si je ne me tiens pas à l'écart.*

—Soy un poeta —les dije.

Pasamos por delante de la casa donde vive mi tía y donde vi a Edna por primera vez. Vi que sonreía disimuladamente. Me pregunté si la confianza que habíamos recuperado en casa de Font se había desvanecido. Tanteé en busca de su mano y la encontré, pero no hubo respuesta a mi caricia. Temía que pudiera imaginar que me daba pena por la herida. Me daba pena, pero nada tenía que ver con mi deseo de cogerle la mano. La amaba.

Llegamos a la base de las pirámides y salimos del coche. Allí están. Monumentos materiales a la inmaterialidad. De noche no parecen obra del hombre, sino una imposición divina a la Tierra, una señal de la perdurabilidad de alguna fuerza extraterrenal. Si hubieran sido construidas mucho antes, y su historia hubiera sido desconocida, siempre habría aparecido algún que otro Moisés que las habría usado como señal para cierto Abraham:

Y he aquí que las llamas incendiaron el pecho de quien fuera aquel, y tres terremotos sacudieron la tierra y los mares, y los cielos descubrieron pilares cuadrados que los terremotos cubrieron, y he aquí que levantaron tres monumentos uno al lado del otro: tres centenares y tres veintenas o algo por el

estilo de altura, y tantos pasos como pueda dar un cordero en un día y una noche de anchura. Y el fuego ardía en su corazón e hizo llamar a sus cinco hijos y los castigó, y dio orden de que se sacrificara a todos los recién casados en la base del mayor de los monumentos, ya que así lo deseaba el Señor.

Cogí a Edna de la mano y nos alejamos juntos a ver la Esfinge. Permanecimos en silencio observándola durante un cuarto de hora, y luego me volví y la miré y puse la mano en la mejilla de la cicatriz y le dije que la amaba. Ella siguió mirando la Esfinge, pero yo puse mis labios en los suyos y la besé y la estreché entre mis brazos. Volvimos al coche caminando, cada uno con el brazo sobre los hombros del otro, como las parejas inglesas en Brighton.

Conducimos de vuelta en silencio. Por más que vaya una y otra vez a ver las pirámides por la noche, siempre me quedo turbado, y la vuelta la hago en silencio. Dejamos a Levy en el camino y luego Font nos llevó a sus habitaciones. Dejó el motor en marcha, nos dio las buenas noches, y subió por las escaleras. Permanecimos un rato sentados en el asiento trasero sin decirnos nada. Había sido un día muy largo para mí; había bebido demasiado y estaba cansado. Pero sentía un deseo irresistible hacia Edna; una necesidad incontenible y tierna de acariciarla y de amarla.

—¿Dónde vives? —pregunté.

—Ven, te lo enseño.

Una habitación, amueblada al estilo árabe, con un sofá bajo sobre el que dormía; pero no lo veía muy bien porque no había encendido la luz. Sabía que ya no encendería las luces. Me senté en el sofá a la manera árabe, y luego ella vino a sentarse de la misma manera delante de mí. Le solté el pelo, como había hecho tantas otras veces, y ella me dio un peine

y yo empecé a peinarle los cabellos color caoba despacio de la frente a los hombros; luego le hice una trenza y até los extremos con un cordel que me dio, y le desabroché la ropa y le quité la chaqueta, y luego la blusa y todo lo demás, y se sentó ante mí, desnuda y muy hermosa con la cabeza ladeada. Le dije «te amo» muchas veces, y la besé, y le susurré amor y ternura y recuerdos al oído. Al final se volvió y me acercó su boca y fuimos un solo ser. Dos cuerpos y dos cerebros y dos vidas sujetas la una a la otra, y nada más tenía importancia. Ser amados y poseer a la persona a quien se ama es la razón por la que nacimos.